

con un capítulo (“Epílogo para los entendidos”, pp. 181ss) en que desarrolla los aspectos epistemológicos de la evolución biológica.

El texto está fundamentado en un gran número de extensas notas explicativas que se sitúan al final del volumen. Para el lector que desee una visión rigurosa del pensamiento de Ayala, recomendamos el trabajo de Diego Cano Espinosa, resumen de su tesis doctoral, revisada por el propio Ayala, *Autonomía y no reduccionismo de la biología en el pensamiento biofilosófico de Francisco J. Ayala* [en *Pensamiento: Revista de investigación e Información filosófica*, vol. 64, n.º 240, 2008, pp. 267-287].

Leandro Sequeiros, SJ

lsequeiros@jesuitas.es

Presidente de ASINJA (Asociación Interdisciplinar José de Acosta)

EUVÉ, François: *La science l'épreuve de Dieu?*, Salvator, París 2022, 186 pp. ISBN: 9782706722547.

En un ámbito académico monopolizado de forma casi exclusiva por autores de lengua inglesa, resulta novedoso e iluminador leer a un pensador francés que conoce en profundidad tanto la física como la teología y lleva reflexionando durante décadas sobre la relación ciencia-religión. Bajo un título provocador que busca atraer la atención del lector, *La ciencia, ¿la prueba de Dios?*, el jesuita francés director de la revista *Études* estructura su breve ensayo en tres secciones, seguidas de una entrevista al también físico francés Étienne Klein.

La reflexión se inicia con una constatación: las teorías físicas del primer cuarto del siglo XX han replanteado cuestiones filosóficas que la era positivista había relegado al pasado metafísico (p. 7). Este relanzamiento de la metafísica e, incluso, de preguntas de tipo espiritual, se refleja en el lenguaje utilizado por los propios científicos. Aunque esta constatación —advierte Euvé ya desde el principio de su reflexión— no permite “probar” ni la existencia de Dios (ni su contrario) ni la pertinencia de la religión (p. 14).

En el primer capítulo, de corte epistemológico, se parte del problema del mal como motivo principal para dudar de la existencia de Dios, explorando las distintas estrategias que la teodicea ha desarrollado para dar cuenta de esta experiencia humana desconcertante. La reflexión en torno al mal da pie para distinguir las diversas formas de conocimiento y para explorar el significado del término ‘creer’. Creer, en sentido cristiano, no se identifica con una relación entre un sujeto y un objeto; significa “dar crédito”, fiarse de una relación intersubjetiva. Por ello la fe, a diferencia del “conocimiento científico” (empírico), no se basa tanto en pruebas, sino en signos que requieren de una interpretación que implica la libertad del intérprete (p. 31). Esta reflexión conduce a repasar las tradicionales vías —no pruebas— racionales de acceso a Dios.



El segundo capítulo, de carácter histórico, recuerda algunos de los impresionantes descubrimientos de la ciencia del siglo XX: la relatividad restringida, la relatividad general y la mecánica cuántica, así como la aparición de la ecología y la ciencia de la complejidad. Euvé recuerda que la ciencia natural fue en el periodo medieval una rama de la filosofía, una ciencia teórica que posteriormente, durante el periodo moderno, adquirió un lenguaje —el de las matemáticas— que hasta entonces había sido el propio de la perfección divina de los cielos, no el del mundo material terrestre. Haciéndose eco de la polémica tesis de Alexandre Kojève, Euvé sugiere que el “juego teológico” de la matematización del mundo presupone la posibilidad del acceso humano al conocimiento divino (gracias a la encarnación). El paso de la visión premoderna del mundo natural a la visión mecanicista se asocia en teología con el surgimiento del deísmo, cuando Dios deja de ser comprendido como el “alma” del mundo para pasar a ser su relojero (Newton, Boyle). El mundo adquiere así una gran autonomía y deviene “ateo” en el sentido de que no hace falta ya apelar a la hipótesis de Dios para explicarlo (o como dirá Hugo Grocio, *etsi Deus non daretur*). En este sentido, la ciencia moderna no se desentiende de la religión, sino que toma una postura teológica particular (p. 65).

La situación cambiará de nuevo en el siglo XX, cuando las nuevas teorías científicas muestren resultados contraintuitivos: el tiempo no es homogéneo, el sujeto modifica el objeto de la observación. La física cuántica (y la ciencia ecológica) revelan que hay límites al conocimiento y que no hay nociones “claras y distintas”. La ciencia se hace menos positivista. Siguiendo a Ilya Prigogine, Euvé afirma que la ciencia moderna se constituyó contra la naturaleza, pero la ciencia contemporánea ha mostrado que estamos en interacción constante, dialogante, con una naturaleza compleja, múltiple e impredecible. La metáfora para expresar el papel de Dios, si es que todavía es aceptable esa idea, no será ya la del alma del mundo ni la de un relojero, sino la de un ser “velado” y misterioso, más propia de la teología apofática de los místicos que la del legislador universal de Kepler y Newton.

El recorrido histórico del capítulo segundo abre la puerta a la pregunta que guía el tercero: la relación ciencia-religión. Convencido de la posibilidad de una complementariedad y un enriquecimiento mutuo entre los tipos de conocimiento, Euvé dedica unas primeras páginas a cuestionar la popular tesis del conflicto ubicando su aparición en el contexto histórico del siglo XIX en el que emerge, precisamente cuando se intensifica también la apologética de los milagros en el ámbito católico. A continuación, se repasa la propuesta de la “distinción de planos” —o modelo NOMA (*non-overlapping magisteria*) según la famosa expresión de S. J. Gould— que teólogos como Barth, Bultmann o Newman han formulado de maneras diversas. Esta, sin embargo, no es la opción de Euvé, que apuesta por una interacción mayor entre las ciencias y la teología planteando la conveniencia de una mediación filosófica (y poética) para poder articular el diálogo. Sin filosofía, la religión se torna fundamentalista; y la ciencia, cientifismo. Quizás por ello, como señala Euvé lúcidamente, no es casual que físicos de la talla de Bohr, Heisenberg o Schrödinger dejaron también numerosos escritos filosóficos (p. 135).

Regresando al ámbito religioso, la utilidad de las ciencias para la teología resulta evidente en temas tan diversos como la exégesis bíblica, la arqueología o el análisis de

las causas de los abusos en entornos eclesiales. En este sentido, la literatura sapiencial es, entre todos los corpus bíblicos, la mejor posicionada para colaborar en esta particular misión de diálogo y aprendizaje de las ciencias, ya que es más próxima al pensamiento científico: se interesa por el mundo y se basa en la observación.

Ahora bien, ¿sucede lo mismo en el sentido contrario? Si el mutuo enriquecimiento es posible, ¿la ciencia debería también poder aprender de la teología y su milenaria experiencia reflexiva? Así se afirma al final del ensayo, valorando la perspicacia religiosa para identificar las tentaciones idolátricas de la ciencia (tal y como hace, por ejemplo, Jacques Ellul en su crítica al sistema técnico) y su potencial deriva “totalitaria” expresada en su búsqueda de una “teoría del todo”. Aunque la función de la teología va más allá de su función correctiva, profética y anti-idolátrica. Puede también estimular positivamente la imaginación y ayudar en la elaboración de modelos. Al fin y al cabo, los relatos bíblicos son textos abiertos, interpretables, no determinados. En definitiva, las ciencias pueden encontrar tanto correctivos como estímulos en la reflexión teológica.

Es importante antes de concluir señalar dos contribuciones originales. Por un lado, la diversidad de las fuentes utilizadas por Euvé, que van más allá de los autores clásicos de lengua inglesa para incorporar referencias a Laplace, Poincaré, Ellul, Descartes, Blay o Kojève. Por otro, la entrevista-coloquio final con Étienne Klein que retoma muchos de los puntos desarrollados a lo largo de los capítulos precedentes de forma amena y estimulante. En síntesis, el pequeño-gran libro de François Euvé merece ser leído con atención y una disposición abierta al diálogo.

Jaime Tatay, SJ

jtatay@comillas.edu

Universidad Pontificia Comillas

HOWARD ECKLUND, Elaine: *Por qué la ciencia y la fe se necesitan mutuamente. Ocho valores compartidos para superar el temor*, Sal Terrae-U.P. Comillas, Maliaño – Madrid 2021, 184 pp. ISBN: 9788429330236.

Elaine Howard Ecklund es socióloga y en este libro ofrece algunas conclusiones de sus estudios académicos de una manera más divulgativa y accesible al gran público. En su opinión, y basándose en los resultados de sus investigaciones, la ciencia y la fe cristiana no son incompatibles entre sí. Así lo muestran los testimonios de numerosos científicos cristianos para quienes, lejos de haber incompatibilidad entre su quehacer científico y su fe religiosa, ambas dimensiones se interrelacionan e incluso se retroalimentan.

El libro está dividido en tres partes. La primera, “Elementos básicos”, está compuesta por tres capítulos. Primero



POR QUÉ LA CIENCIA Y LA FE
SE NECESITAN MUTUAMENTE

Ocho valores compartidos para superar el temor

Elaine Howard Ecklund

SAL TERRAE

COMILLAS